

4

Colportores que Parecen Angeles

LA ESCRITURA dice de Esteban, que los judíos “vieron su rostro como el rostro de un ángel”. Hoy también muchas personas ven al colportor que los visita, como si fuera un ángel celestial. Y en realidad, él es un mensajero del cielo, que realiza una obra de bien eterno en favor de las almas.

Parecía un ángel

Se estaba realizando una asamblea de colportaje en Navjoa, México. El sábado de tarde, último día de la asamblea, varios colportores habían contado algunas experiencias, cuando un constructor pidió la palabra y dio el siguiente hermoso testimonio:

“Yo era un borracho insoportable, que hacía sufrir a mi esposa y a mis hijas. Pero una tarde me visitó un joven, y sembró en mi corazón y en mi hogar, la preciosa semilla del Evangelio, mediante una colección de libros que me vendió.

“Era un joven de baja estatura, pero de altos ideales. Para mi hogar fue como un carbón encendido en el altar de Dios que vino a iluminarnos. No me regañó, sino que me habló cariñosamente. ¡Parecía un ángel! Siguió visitándonos y dándonos estudios bíblicos. En corto tiempo nos dio una visión noble de la vida. Por eso estoy en la

verdad junto con mi familia, y mis dos hijas estudian en este colegio”.

Ese colportor que “parecía un ángel” era el Hno. Jaime Cruz. ¡Qué hermoso y reconfortante! La gente llega a estimar y admirar tanto al colportor, que lo asemejan a un ángel del cielo.

¿Hombres o ángeles?

A. R. Haig, que más tarde llegó a ser un gran director de colportaje en las Indias Occidentales, un día terminó de colportar cierta aldea de las Bahamas.

Al atardecer, cuando él y su compañero iban a retirarse, el jefe de la aldea los llamó y les dijo: “Caballeros, durante todo este día los hemos estado viendo entrar y salir en nuestros hogares, y nos hemos preguntado si Uds. eran hombres o ángeles que pasaban por nuestra aldea. Han sido una bendición para nuestra alma y un aliento para nuestro espíritu. Estamos contentos de haberlos conocido. Nos da pena que se vayan. Por favor, vuelvan a visitarnos”.

¡Qué hermoso! “Nos hemos estado preguntando si Uds. eran hombres o ángeles que pasaban por nuestra aldea”. ¡Qué admirable estela de luz, esperanza y bendición dejan los colportores-ángeles detrás de sí!

No parecía un hombre

Campolino Silva, de Río Grande, Brasil, fue a entregar un ejemplar de *Vida de Jesús* a un hacendado. Cuando se acercaba a su casa, se cruzó con el hacendado que venía en un jeep. El hombre se detuvo, pero no parecía bien dispuesto. En vez de recibir su libro, le dijo al colportor que subiera y lo acompañara hasta la casa de su compadre.

Llegados allá, en presencia del compadre y de la esposa, el hombre le dijo al colportor que no quería el libro, porque el cura le había dicho que era protestante, y que los protestantes eran la bestia del Apocalipsis.

Entonces Campolino expresó su respeto hacia el hacendado, y sacando su Biblia del maletín, le dijo: “Ya que Ud. conoce la Biblia, le voy a pedir un favor. Muéstreme

dónde dice que los protestantes son la bestia. Sírvase”.

El hombre tomó la Biblia y empezó a darla vuelta en sus manos. Se puso nervioso, sudaba profusamente, pero ni siquiera la abrió. Viendo eso, Campolino tomó la Biblia, abrió en Apocalipsis 13, y fue leyendo y explicando cada texto y cada símbolo. Terminada la explicación, el hacendado no dijo ni una palabra. Su compadre lo miró, y al fin le preguntó: “¿Y, compadre, cómo es eso?”

Pero el hacendado no respondió. Se hizo un largo y molesto silencio. Su amigo insistió: “¿Y, compadre, cómo es eso? ¿Cómo es eso, compadre?” Por fin el hacendado, abrumado, dijo: “Estamos perdidos. El papado es la bestia”.

Campolino lo felicitó porque él reconoció la verdad. Sacó el libro del maletín y se lo dio. Sin más objeción, el hombre recibió su libro.

Estaba oscureciendo. Campolino intentó despedirse para volver al pueblo; pero el hacendado, mejor dispuesto ahora, le dijo: “Espere, yo lo voy a llevar al pueblo”.

Cuando iban saliendo, el colporteur alcanzó a oír que el compadre le expresaba a su esposa su admiración por el estudio bíblico y por la cortesía de Campolino. Entonces la señora le dijo al esposo: “Sí, si cuando ese joven entró en casa, no parecía un hombre, parecía un ángel”.

¡Qué admirable! “¡No parecía un hombre, parecía un ángel!”

“Ud. es el ángel”

Cuando el colporteur hondureño, Héctor Zabala, estaba en cierta casa entregando unos libros, un visitante le preguntó: “¿Es adventista Ud.?” En ese tiempo no había adventistas en esa zona. Ante la respuesta afirmativa de Zabala, ese hombre le informó: “En la aldea de San Rafael hay una familia que guarda el sábado”, y le dio el nombre.

El sábado siguiente, Héctor sintió un incontenible apremio de ir a San Rafael. Cuando llegó a esa aldea, se sintió defraudado al descubrir que la familia guardadora del sábado que él había ido a ver, estaba ausente del pueblo.

De todos modos visitó una casa vecina para recabar alguna información. A pesar de ser un desconocido, lo recibieron con extrema cordialidad. Cuando les explicó que él era un misionero adventista, le dieron esta tremenda sorpresa: “Nosotros también estudiamos la Biblia, y hemos estado orando a Dios, pidiendo que nos mande a alguien que nos enseñe su Palabra. Y ahora vemos que Ud. es el ángel que el Señor nos envió para que nos explique la Biblia”.

Le contaron también que veinte años antes, alguien les había regalado *El porvenir descifrado*, y que por ese libro estaban guardando el sábado, ellos y la otra familia ausente.

Para los que buscan la verdad, el colportor es un ángel de Dios.

El ángel José

Cuando hacía dos años que José Salva estaba colportando en el norte del Perú, fue protagonista del siguiente reconfortante suceso.

Una mañana José entró a visitar al director de una escuela. Y antes de mencionar siquiera sus libros, el director le contó emocionado que esa noche había tenido un bonito sueño. Le dijo: “Imagínese que soñé que un ángel me visitaba. Y lo raro era que me ofrecía algunos libros. Eran libros grandes, lindos, con hermosas láminas acerca del regreso de Cristo a este mundo”.

Al oír este relato, el que ahora quedó conmovido, fue el colportor. Entonces, cuando sacó el prospecto de *El conflicto de los siglos* para ofrecer sus libros, el director exclamó sobresaltado: “¡Este es el libro que vi en mi sueño, pero más grueso!” Cuando vio el primer grabado, dijo: “Este es uno de los grabados que vi”. Y a medida que veía las otras láminas del prospecto, cada vez más excitado, el hombre repetía lo mismo: “Este grabado también lo vi en mi sueño”.

Por fin encargó *El conflicto*, *El nuevo tratado médico*, la Biblia y las revistas. El día de la entrega, después de re-

cibir contento los libros, miró fijamente a José Salva, y como si entonces se le hubieran abierto los ojos, le dijo: “Ahora veo que el ángel que vi en mi sueño era Ud. mismo”.

“El ángel era Ud. mismo”. ¡Qué emocionado quedó el colportor al oír estas palabras y ver en ellas la operación divina! En el acto, el “ángel José Salva” le dio al director un estudio bíblico, empezando con Juan 14:3 y Apocalipsis 1:7.

Sucedió como con Abrahán

Dos colportores llegaron un viernes de tarde a cierta ciudad brasileña donde no había adventistas. Esa misma tarde consiguieron hospedaje en una casa de familia. A la mañana siguiente, el dueño de la casa se preocupó porque no veía que esos jóvenes hicieran preparativos para salir a trabajar, como le habían dicho. Se acercó a ellos, y después del saludo les preguntó:

—¿Qué tal, jóvenes? ¿No van a trabajar?

—No, hoy no trabajamos.

Extrañado por esta respuesta, el hombre siguió indagando:

—¿Y por qué no trabajan hoy?

—Porque hoy es sábado.

—¿Cómo es eso? —inquirió más intrigado el hombre.

Entonces, uno de los colportores tomó su Biblia, le leyó el cuarto mandamiento y le dio un estudio acerca del sábado. Para la admiración de los colportores, ese hombre tampoco fue a trabajar ese día. Llamó a su familia, y pasaron una buena parte del día estudiando el mensaje adventista. Sin ningún problema, esa familia aceptó la verdad.

Tres meses después, cuando los colportores se retiraban de la ciudad, esa familia los acompañó a la estación ferroviaria para despedirlos. Entonces, el padre de la familia les dijo estas significativas y alentadoras palabras: “Conmigo pasó como con Abrahán. Yo los hospedé sin saber quiénes eran. Y Uds. llegaron a ser ángeles para mí”.

Hasta la Biblia representa a los mensajeros del cielo con el símbolo de un ángel (Apoc. 14:6 y 18:1). Esta sagrada honra de ser considerado como un ángel de Dios, confiere distinción y dignidad al colportor y a su santa misión. Y sin embargo, no lo torna engreído, sino que lo lleva a ser modesto y valiente en su abnegada labor.